

Arturo Reyes Fragoso

7

RETRATOS CON PAÑOLETA

GALERÍA DE SEMBLANZAS



RETRATOS CON PAÑOLETA

Arturo Reyes Fragoso

Retratos con pañoleta

Galeria de semblanzas

(Fragmentos)



Primera edición, Colección Papeles Escultas: noviembre 2014
Primera reimpresión: mayo 2015
Primera edición digital: mayo 2020
Primera versión digital (fragmentos) para el XLI Encuentro de Expresión
y Arte Scout: 2020
Segunda edición digital, Biblioteca 95 años de Escultismo en México
Rumbo al Centenario: 2021
Tercera edición digital: 2024

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso
Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna
Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidenta Nacional

Leticia González Puente

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa de Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada: Berenice Luna Gómez

Viñeta de portada: Iker Larrauri

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno.
Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se
den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Llamada de reunión

Aunque un retrato atrapa un momento efímero, Arturo Reyes Fragoso —cronista, escritor y compilador de los grandes momentos y personalidades del escultismo nacional—, hace más que eso para ofrecernos un zoom de los protagonistas descritos en su obra que, como todas las surgidas de su pluma, delinean los rasgos más significativos que resaltan la vena scout de quienes son expuestos ante su cámara que, como sabemos, tiene una tendencia a enfatizar los claroscuros de cada personalidad, pues nunca se conforma con las descripciones de lo evidente y panfletario: busca y encuentra siempre las luces, aunque también esas sombras que nos ponen frente al ser humano y dejan atrás al santo o prócer que suelen mostrarnos.

Y eso es lo más valioso, sin duda, retratar personajes de carne y hueso, donde los errores, debilidades e imperfecciones suman, haciéndonos entender que rasgos como el heroísmo, creatividad o liderazgo no están reservados para alguna élite, sino para quienes aceptan ser auténticos y congruentes consigo mismos, y que afortunadamente decidieron seguir sus pasos por la senda del escultismo.

Una lectura imperdible, aleccionadora y amena que da vuelta por diversas perspectivas que muestran lo polifacético y diverso que resulta ser el movimiento scout.

ÁNGEL MARTÍNEZ HERRERA,
Subjefe Scout Nacional,
Ciudad de México, verano 2021

De Iker Larrauri

Los mejores trazos del escultismo mexicano

A siete décadas de trazadas, sus creaciones todavía se utilizan en las publicaciones scouts; en buena medida, a él le debemos la identidad iconográfica del escultismo mexicano. Pero Iker Larrauri Prado también ha destacado como museógrafo y artista, en esto último, entre otras cosas, al ser autor de, probablemente, los dos murales más conocidos en México, en cuanto a la cantidad de gente que, cotidianamente, los admira en el Museo Nacional de Antropología: *Paso de los primeros pobladores por el estrecho de Bering* y *Fauna extinta del Pleistoceno*.

La primera parte de la siguiente semblanza del mejor ilustrador enrolado en las filas de la Asociación se tomó de *Iker Larrauri Prado, museógrafo mexicano*, de Carlos Vázquez Olvera (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005), mientras las restantes fueron narradas por el propio Larrauri en una entrevista realizada en su casa en la ciudad de México, en agosto de 2006.

Presentación

Yo nací en la ciudad de México el 18 de diciembre de 1929. Mi infancia la pasé principalmente en la ciudad de México, con temporadas largas en Cuernavaca, de las que conservo muy buenos recuerdos. En Iguala también, donde mi papá tenía su centro de operaciones. Temporadas en Pinotepa Nacional, en la costa de Oaxaca, en Acapulco; por donde él se movía ahí andábamos.

Siempre volvíamos para la escuela aquí. Por alguna razón que nunca he sabido y creo que ya no lo voy a saber, nos

metieron al Colegio Alemán. Desde el *kínder* estuve ahí. Estalló la guerra y hubo crisis. Empecé muy a disgusto, demasiada disciplina para mi gusto, por mi carácter y todo esto. Finalmente logré salir del Colegio Alemán y entrar en la secundaria oficial. Ahí empecé a encontrar esta ciudad; el país lo había encontrado en los viajes con mi padre, pero la ciudad la empecé a encontrar en la secundaria y después en la Preparatoria Nacional de San Ildefonso.

Los scouts de Padilla

Entré a los scouts por mi tío, Alonso Hernández Villagrán, quien acaba de morir en una casa de ancianos de Dallas, Texas, de ciento un años de edad. Yo no sé cómo llegó al Movimiento, pero tiene mucho que ver con el amor que le tenía al campo y la vida al aire libre. Era muchachero por naturaleza y antes de entrar a los scouts, se llevaba por su cuenta de excursión a mis primos y hermanos.

Hacia 1935 mi tío entra a Los Boy Scouts de México, una agrupación fundada por un señor de apellido Padilla, y me incorpora junto con mis primos, mis dos hermanos y mi hermana. Aquí estuve como lobato hasta finales de los años treinta. Nuestro local estuvo primero en la calle de Brasil número 6, en el centro, y luego nos cambiamos a la calle de República del Salvador.

Hacíamos campamentos de sábados a domingos y participábamos en toda clase de ceremonias cívicas; era la época de Lázaro Cárdenas y había mucha actividad pública, donde los desfiles civiles eran constantes: desfilaban los obreros, las escuelas militarizadas y los scouts. Cuauhtémoc Cárdenas, quien tiene más o menos mi edad, no formaba parte del grupo pero desfilaba con nosotros; su padre Lázaro veía esto con mucha simpatía.

Su paso a la Asociación de Scouts de México

Hubo un distanciamiento de mi tío con el señor Padilla, lo que hizo que todos nos saliéramos de Los Boy Scouts de México; unos tres años después, hacia 1942, nos incorporamos a la Asociación de Scouts de México, cuyos grupos se habían formado en escuelas católicas. Nosotros llegamos a meter el desorden con un grupo laico, el IV, donde había protestantes, árabes y catalanes refugiados de la Guerra Civil española.

Estuvimos en la calle de Zarco, en la colonia Guerrero. Había muchachos sin recursos, hijos de obreros, que también nos distinguía de los otros grupos que eran más *fiffies*; esto hacía que a veces no hubiera uniformes y algunos fueran vestidos de overol, pero con la pañoleta. El grupo primero estuvo dirigido por mi tío Alfonso, y luego por el señor Henry Robinson, un inglés que también venía de los scouts de Padilla, quien vivía en el mismo lugar donde se reunía nuestro grupo.

El grupo IV no tenía rovers, por lo que al crecer me pasé al grupo VII donde ya no duré mucho; me desligué completamente de los scouts al entrar a estudiar arquitectura, en la Universidad Nacional en el año de 1950. En los campamentos nacionales conocí a Jorge Ibarguengoitia y Manuel Felguérez —a quien no queríamos, porque tenía *todas* las especialidades—, y de quienes terminé por hacerme muy amigo por nuestras afinidades artísticas, volviéndonos a encontrar años después en exposiciones, conferencias y fiestas, donde llegamos a evocar aquellos tiempos.

Colaborador de Escultismo

Nací con el gusto por el dibujo; en mi casa leía y dibujaba, era todo lo que hacía. En la primaria me ponía en el pizarrón a dibujar los mapas, y el Día de las Madres me ponían a dibujar cosas alusivas al festejo.

No me gustaban las ilustraciones que se publicaban entonces en la revista *Escultismo*, porque estaban tomadas de publicaciones extranjeras sin un carácter nacional en los personajes que aparecían, lo que me hizo pensar en porqué no retratarnos nosotros mismos. Empecé a dibujar motivos scouts —lo hacía de memoria en mi casa— e iba a entregarlos a la Oficina Nacional, que estaba en la calle de 16 de Septiembre.

Entonces la revista estaba a cargo de César Macazaga, quien después en una fiebre editorial empezó a publicar manuales scouts, llamándome para ayudarle a ilustrarlos; incluso, algunas de mis ilustraciones se retomaron para publicarse en *Jamboree*, una revista inglesa, como una donde aparece un scout acariciando la cabeza de un caballo, aparecida previamente en la portada de *Escultismo*.

Motivaciones artísticas

Fue en las páginas de la revista scout donde publiqué mis primeras ilustraciones, con gusto y entusiasmo puesto que los ideales del escultismo me eran algo muy importante; cuando las hice, no pensaba en otra cosa más que cubrir las cuestiones inmediatas. Nos las había vuelto a ver hasta ahora, cuando descubro halagado que no son dibujos improvisados ni infantiles: están bien hechos, mantienen una vigencia, tienen una calidad, carácter y corrección.

Yo sigo pintando, pero cuando trabajo «por la libre» sin tener todo esto que menciono, estoy perdido. El artista lírico sufre mucho al no tener brújula, ni Norte; tal vez tenga una convicción interna o un estilo que quiera imponer, todo lo contrario a cuando se tiene una convicción y seguridad en lo que se hace.

Las únicas ocasiones que volví a trabajar tan a gusto y con un objetivo tan claro, fueron con los murales que pinté en el Museo Nacional de Antropología y las ilustraciones hechas para algunas otras publicaciones. Al ver nuevamente estos dibujos reconozco una motivación muy clara: yo era un scout de cora-

zón, me entusiasmaba todo el Movimiento y lo que significaba; la forma como debía comportarse un scout, cómo acampar y vestirse correctamente. Todas estas cosas me motivaban muchísimo para dibujarlas por estar convencido de ellas.



Iker Larrauri Prado (1929-2021),
inah.gob.mx

De Guy de Larigaudie
Navegar por el Ganges entre cadáveres

México tuvo una marcada influencia del esculatismo católico francés, proveniente de las órdenes religiosas maristas y lasallistas, cuyo apoyo a través de las escuelas que administraban en el Distrito Federal resultó decisivo para la consolidación del esculatismo mexicano, en los años treinta del siglo pasado.

Dentro de este contexto, hoy bastante diluido, destaca la figura de Guy de Larigaudie, scout aventurero y autor de una vasta y, en su momento, popular obra cargada de reflexiones místicas.

Jean Peyrade conoció a este scout parisino nacido en 1908, durante un curso de adiestramiento para jefes de clan; tiempo después, escribiría su biografía con un marcado estilo confesional, publicada en nuestro idioma a principios de los sesenta en la España franquista, por la editorial Santillana. Ahí nos enteramos que Guy ingresó a los scouts a la edad de quince años; a partir de entonces, en su persona se fusionan los más tradicionales valores promovidos por el esculatismo, el ansia loca por conocer el mundo y una fortísima espiritualidad presente en todos los actos de su vida.

A principios de los años treinta, se da a conocer como escritor de literatura juvenil, detonándose su popularidad a partir de la publicación de *Yug*, novela aparecida por entregas en las páginas de la revista scout francesa, donde narra las aventuras de un muchacho durante la prehistoria. Otra docena de obras surgirían de su pluma, brindándole fama y lectores alrededor del mundo.

Participa con la delegación francesa en el Jamboree australiano de 1934, campamento presidido por el propio Baden-

Powell; la asistencia implica una travesía por barco que, por sí sola, resulta toda una aventura, al cruzar el Mediterráneo, Mar Rojo, océanos Índico y Pacífico, para arribar a su destino. Los franceses no se andan con pichicaterías, por lo que, al terminar el evento, emprenden el regreso por la parte del planeta que les falta recorrer, con escalas en las paradisíacas islas polinesias, el canal de Panamá y las no menos paradisíacas Antillas, antes de desembarcar en Francia, casi medio año después de su partida.

Aquel viaje sólo sirvió para incrementar su sed de aventuras, y a los cuatro meses el buen Guy vuelve a embarcarse, ahora con destino a los Estados Unidos. Recorre el país con escala en Hollywood, donde conoce a Clark Gable, Jean Harlow, Marlene Dietrich y Dolores del Río —el Brad Pitt y las Angelina Jolie, Nicole Kidman y Salma Hayek de la época. En San Francisco vuelve a embarcarse otra vez con destino a las islas polinesias; en Tahití está a punto de partirse la cabeza al calcular mal el clavado a una poza en medio de la exuberante vegetación, y resiste las insinuaciones de las bellas nativas para realizar con él algo más que un intercambio cultural. Sus apologistas señalan en esto su vocación a la santidad; otros tenemos una distinta hipótesis. Regresa a Europa luego de otra escala en América del Norte, a bordo de un carguero.

En 1937 emprende en compañía de otro rover francés la más famosa de sus aventuras, el recorrido París-Saigón en automóvil: doce mil kilómetros, con tramos hasta entonces intransitados por occidental alguno. Entonces a los aviones de Air France les tomaba una semana cubrir aquella distancia, con numerosas escalas; a los scouts franceses les llevará siete extenuantes meses de recorrido.

Entran a Asia por la deslumbrante ciudad de Estambul; en Afganistán, el frío congela el agua del radiador, imprevisto que, por algún instante, les hace considerar la posibilidad de echarle el coñac que llevan consigo, para solucionar el problema. Al llegar a la India enfrentan las mayores dificultades al

cruzar extensos territorios selváticos sin nada parecido a una carretera, lo que les obliga a abrirse paso a punta de hacha y pico, que el coche sea remolcado por búfalos, vadear o tender precarios puentes de bambú sobre innumerables corrientes de agua, avanzar sobre vías de ferrocarril, y embarcarse, con todo y auto, en un sampán que casi naufraga en medio del Ganges, arrojando a los dos scouts franceses a las aguas donde los nativos suelen depositar los cadáveres de sus seres queridos.

La hazaña consumada hace que Larigaudie regrese como héroe a Francia, donde multitudes enteras escuchan boquiabiertos el relato de sus correrías, las cuales publica con el título de *La ruta de las aventuras*, del que la Asociación de Scouts de México publicaría, en 1997, una edición al español que pasó sin pena ni gloria. Su siguiente proyecto contempla darle la vuelta al mundo en avión, con escala en México. El inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial lo hace abandonar todo plan —también contemplaba regresar a Indochina, para atender un leproso—, al ser reclutado por el ejército. Consumado jinete, termina incorporándose en la más anacrónica de las armas de una guerra moderna: la caballería.

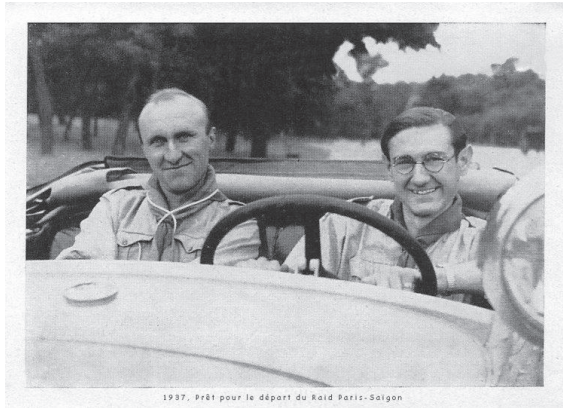
El 10 de mayo de 1940, una tempestad de fuego y acero se desencadena sobre Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, invadidas por los tanques, aviones y soldados alemanes. Otro escritor francés, Antoine de Saint-Exupéry, describe en *Piloto de guerra* la situación en todo su dramatismo, a las dos semanas: «Estamos a fines de mayo, en plena retirada, en pleno desastre. Se sacrifican los equipos como si fueran vasos de agua echados en el incendio de un bosque [...] Nos fundimos como si fuéramos cera».

Guy de Larigaudie no llegó a presenciar aquella hecatombe, culminada con el desfile de las tropas nazis frente al Arco del Triunfo: al día siguiente de iniciada la avalancha nazi, muere combatiendo en un lugar cercano a la frontera con Luxemburgo.

Antes de enrolarse al ejército, concluiría el manuscrito de *Estrella en la inmensidad*, dado a conocer póstumamente y considerado como el testamento espiritual de quien fuera uno de los más populares escritores scouts del mundo.

De la edición también publicada por la Asociación, reproducimos su parte final:

Pero llegará un día en que podré cantar mi canto de amor y de alegría.
Se romperán todas las barreras.
Y poseeré el Infinito.



Guy de Larigaudie (1908-1940) camino a Saigón, 1937.

De Carlos Gustavo de Suecia

La realeza esculta en Lomas Verdes

Menos mal que vino a México como scout.

Pienso lo anterior el sábado 27 de abril de 2013, afuera del Colegio Cristóbal Colón de Lomas Verdes, al observar la partida del rey de Suecia a bordo de una camioneta negra, en medio de una caravana escoltada por dos patrullas policíacas y vehículos repletos de guardaespaldas.

Refuerzo mi impresión al momento de cruzarme con un individuo de camuflado uniforme y una alargada funda negra colgada a su espalda: su gesto proyecta la capacidad para desca-bezar una mosca de un balazo a medio kilómetro de distancia. Subjetivísima apreciación que no me interesa corroborar en lo absoluto.

Con todo, reconozco la discreción de las medidas de seguridad tomadas para la real convivencia con el medio millar de scouts mexicanos, como cierre de los tres días de actividades de los integrantes de la Fundación Scout Mundial reunidos en nuestro país, la cual preside de forma honoraria quien lleva por nombre Carlos XVI Gustavo.

Puros «peces gordos», diría mi amigo Glenn Gardner, también presente en el lugar, con su español con acento y vistoso uniforme de los Boy Scouts of America que siempre propicia que la gente se acerque a tomarse fotos con él, cual gringo *curious*.

Y sí, junto con su escandinava majestad —quien entrega premios Nobel enfundado en un frac, cuando no porta el uniforme scout—, caminan por las instalaciones del Cristóbal Colón Sigfried Weiser, presidente de la Fundación Scout Mundial; Scott Teare, secretario general de la Organización Mundial del Movimiento Scout, y Wayne Perry, presidente nacional de

los Boy Scouts of America a la vez que copropietario del equipo de béisbol de los Marineros de Seattle. Los guía un risueño Héctor Robledo, integrante autóctono de la Fundación asumido en su papel de anfitrión.

Entremezclados con la comitiva, contabilizo tres integrantes del Estado Mayor Presidencial con sus aparatos de intercomunicación colgados a las orejas y unos poco disimulados bultos distinguiéndose por debajo de las guayaberas blancas que visten; los acompaña un gigante con ropa de civil y pinta de *navy seal* de extracción vikinga, que camina con aire de turista.

Nunca tantos «peces gordos» del movimiento scout mundial se reunieron en México, al menos desde la Conferencia Mundial realizada en tiempos de Gustavo Díaz Ordaz. Vinieron a sesionar en el hotel Four Seasons y, de paso, a «pasarle la charola» a organizaciones como la Fundación Miguel Alemán, para financiar al movimiento scout mundial. No en balde, el programa «Mensajeros de la Paz», que promueve proyectos comunitarios desarrollados por los scouts alrededor del mundo, está financiado por el rey Abdullah de Arabia Saudita, quien apoinó la friolera de cuarenta millones de dólares.

Un muestrario representativo del escultismo local reunió los organizadores del Día Scout en la escuela de Lomas Verdes: desde la *nice people* de los grupos 51, de Álvaro Obregón, enclavado en el Pedregal, con sus uniformes café que nunca han sido oficiales; los del 8 de la Benito Juárez, de la menos exclusiva zona de Mixcoac-Del Valle; los del 88, 97 y 300, *sate-lucos* de genérica ubicación, hasta la banda ruda de Iztapalapa y Chalco-Ixtapaluca. Combinación democrática por demás. Todos reunidos en las canchas del fondo de la escuela, bajo un sol africano, realizando diversas manualidades y actividades de desfoque, frente a los ilustres visitantes.

Carlos Gustavo porta la camisola de los scouts suecos, una gorra del Jamboree celebrado en su país en 2011, pantalón largo azul marino, zapatos cafés; uno debe prestar atención

para descubrir el Lobo de Bronce, máxima condecoración scout mundial, colgada medio encubierta por su pañoleta.

La comitiva encabezada por su nórdica majestad se detiene frente a la base donde se realiza un juego de bordón envenenado donde, al fragor de la actividad, un tropero sale disparado al romperse el círculo formado por las manos sujetadas de todos los participantes, para proyectar su acelerada masa corporal contra una espectadora que termina sembrada en el suelo.

Pocos troperos pueden decir que hicieron chuzas con Marty Teare, esposa del secretario general de la Organización del Movimiento Scout Mundial, sin pasar a mayores gracias a lo que más de uno pudiera interpretar como la intervención de San Baden-Powell.

Llegada la hora del *lunch*, reúnen a los asistentes para celebrarle su cumpleaños al distinguido visitante, nacido el 30 de abril de 1946 en el palacio de Haga, con las tradicionales «Mañanitas», el obligado grupo de mariachis, un pastel de chocolate y una piñata a su disposición para aporrear, algo que parece que no se acostumbra hacer por los rumbos del Valhalla porque, por más que le explican al festejado, tan solo se anima a propinarle un par de desangelados garrotazos que no alcanzan a reventarla.

—Queridos scouts, soy el rey de Suecia y me encantan los scouts —una conductora traduce al español las palabras que el invitado principal dirige a la concurrencia al final del evento, para agradecer el regalo realizado por los scouts mexicanos, con motivo de su cumpleaños: un «cheque» por 66,828 horas de trabajo comunitario dentro del programa «Mensajeros de la Paz», entregada por Lorena Gudiño, jefa scout nacional, lo que lo motiva a improvisar sus aleccionadoras palabras: —Todos ustedes son una inspiración y un futuro prominente para la Asociación —remata.

Al rato, el real visitante sube a la camioneta negra que integra el convoy escoltado por el par de patrullas, y yo me cruzo con el francotirador retirándose del Cristóbal Colón, con su herramienta de trabajo colgada a la espalda y la satisfacción del deber cumplido reflejada en su rostro.

Hasta entonces pensaba que la realeza se limitaba a los *mirreyes* que frecuentan los antros de Lomas Verdes.



Carlos Gustavo de Suecia en el Zócalo capitalino, durante una posterior visita realizada a México, en 2018.

De Baden-Powell, el militar
El otro Mafeking

Una de las escenas del libro de la vida de B-P en cuadritos ilustra a nuestro heroico protagonista bajo el bombardeo inicial sobre la plaza de Mafeking, conminando con una paternal sonrisa a una niña a buscar refugio, quien a su vez le pregunta candorosamente: «¿Oh, ésas son bombas?». Muestras como ésta de didáctica escultista propician que uno a veces lamente que los bóers no lograran exterminar a sus adversarios.

Mafeking recobraría en 1980 su denominación original: Mafikeng, «lugar de piedra», nombre nativo de la otrora ciudad más importante al norte de Colonia del Cabo, promocionada hoy en día en los folletos turísticos sudafricanos como la cuna del escultismo y centro de peregrinación scout mundial. Menudean las referencias sobre el épico sitio de doscientos diecisiete días, y los múltiples subterfugios utilizados por Baden-Powell para enfrentar el asedio de nueve mil bóers —cifra inflada para algunos historiadores, quienes la reducen hasta casi la mitad— con sólo setecientos cincuenta soldados, trescientos civiles y otros tantos nativos, esta última cifra también mañosamente alterada según fuentes ajenas a las escultistas.

La decisión de incluir a los negros en la defensa de la plaza le valió a su comandante una carta del indignadísimo general Cronjé, reclamándole su ocurrencia, que para la idiosincrasia de la época implicaba envilecer aquella honorable lucha. La misiva termina con la conminación a reconsiderar su decisión, «aún a costa de la pérdida de Mafeking», para regresar el pleito a un asunto exclusivo de los blancos.

Baden-Powell respondería a su adversario que los negros «sólo habían tomado las armas en defensa de sus hogares y

ganado, que usted ya había intentado atacar y devastar», versión sostenida cínicamente a lo largo del asedio, cuando en realidad reclutó a casi setecientos cincuenta combatientes —más otro número indeterminado de mestizos— que participaron en diversas acciones bélicas, como la lucha por el control de una cantera de arcilla aledaña a la ciudad utilizada como parapeto para los francotiradores bóers, escenario durante meses de encarnizados combates en los que más de una vez el propio B-P dirigió las acciones de sus tropas.

(Baden-Powell también le debe mucho a los corredores nativos que entraban y salían de Mafeking, manteniéndolo al tanto de lo ocurrido fuera del cerco y llevando mensajes al mundo exterior; dichos mensajeros se rifaron algo más que el pellejo, sobre todo cuando corrió el rumor que lo bóers castraban a quienes tenían la mala suerte de caer en sus manos.)

Todavía en 1903, un año después de terminada la guerra, el «Héroe de Mafeking» negaría ante una comisión investigadora haber utilizado negros en sus operaciones militares: «No, tratamos de que defendieran su propio poblado, pero en el primer ataque al pueblo huyeron, de tal forma que de ninguna manera confiamos en ellos», expresó contundente. Las indignantes palabras del futuro fundador del movimiento scout no eran gratuitas ya que, oficialmente, británicos y bóers acordaron desde el inicio de las hostilidades abstenerse de armar a la población nativa —aunque en la práctica, ambos bandos se pasaron lo acordado por el Arco del Triunfo—; en todo caso, B-P tan sólo adoptó la misma actitud de sus superiores, quienes también negaron en todo momento haber utilizado negros en combate. Aquellos que llegaban a caer en manos del enemigo eran invariablemente fusilados.

El polémico papel desempeñado por los negros en Mafeking es abordado por Tim Jeal en *Baden-Powell*, libro que desde su aparición en Inglaterra, en 1989, pasó a convertirse, al menos

en México, en la biografía sobre el fundador del movimiento scout menos leída y más denostada por scouts y simpatizantes, quienes consideran a su autor como un feroz detractor de Baden-Powell y, por ende, del escultismo entero, debido a que aborda sin el menor empacho los aspectos menos virtuosos de su biografiado, incluidas sus sospechosas tendencias sexuales (no comprobadas, aclara).

Paradójicamente, el acucioso historiador defiende al futuro fundador del escultismo de las —éstas sí— lapidarias acusaciones de otro colega suyo, Thomas Pakenham, quien afirma que el militar británico practicó una criminal política discriminatoria contra la población negra recluida en Mafeking al momento de racionar los alimentos, mismos que además negó a dos mil refugiados nativos para obligarlos a abandonar la población, propiciando la muerte de muchos de ellos por inanición o abatidos por las balas bóers al tratar de escapar del cerco.

Ambos historiadores coinciden en que se aplicaron distintos criterios de racionamiento para los mil setecientos habitantes del sector blanco de la ciudad y los siete mil quinientos ocupantes de las chozas diseminadas en la barriada negra, aunque Jeal refuta los cálculos de su homólogo sobre las existencias de alimentos, mucho mayores de las consignadas en los informes del propio B-P en los que Pakenham se basa (y pese la corrupción y acaparamiento practicado durante el sitio, incluso por los soldados británicos), quien además ignora las reservas de la población negra derivadas de sus propios cultivos y cabezas de ganado, estas últimas incrementadas por medio de temerarias incursiones a los corrales del campamento enemigo, muchas veces realizadas bajo una lluvia de balas, dirigidas por igual a cuatrerros y animales robados. En una ocasión, treinta y siete nativos que regresaban a Mafeking con un hato fueron emboscados por los bóers, armados con un cañón y una ametralladora; antes de ser masacrados, los negros lograron abatir con sus rifles a media docena de enemigos.

Tim Jeal explica que la decisión de Baden-Powell de deshacerse de los refugiados, derivó de las órdenes recibidas de sus superiores de esperar el arribo de refuerzos por más tiempo del estimado al principio del asedio —cuando rechazó el ofrecimiento de Cronjé de evacuar a todas las mujeres y niños blancos de la ciudad, por cierto—, obligándolo a tomar la radical medida para estirar las provisiones disponibles, y considerando que los expulsados podrían burlar el bloqueo bóer con relativa seguridad en medio de las tormentas que durante las noches se abatían sobre el *veld*, para alcanzar una población cercana a Mafeking (si convenimos que poco más de setenta kilómetros recorridos a pie es algo cercano), donde las autoridades militares británicas dispondrían de lo necesario para su manutención, acorde a la solicitud del propio B-P.

Pequeños grupos comenzaron a escabullirse de la ciudad, algunos sin mayores problemas; otros no corrieron con tanta suerte. Un intento de escape de sesenta refugiados terminó con un saldo de dos mujeres acribilladas y varios nativos más que regresaron a Mafeking luego de ser azotados como escarmiento por los sitiadores. El propio B-P ayudó en otro intento de escape masivo, abortado por una mala coordinación, aunque sin consecuencias tan desastrosas.

La supresión de alimentos a los refugiados —que, además, se les vendían— propició muertes por inanición, aunque Jeal aduce que varias víctimas arrastraban una severa desnutrición desde antes de estallar la guerra; además, en cuanto se le notificó a Baden-Powell de los primeros decesos, ordenó montar comederos en las zonas marginales para alimentar gratuitamente a mujeres y niños. La malograda fuga que coordinó lo llevó a abandonar su plan de desalojo y emitir nuevas disposiciones para alimentar a todo mundo. Hacia finales del sitio, la disminución del número de combatientes bóers que rodeaban la ciudad propició que muchos nativos burlaran el cerco por voluntad propia, lo que finalmente permitió superar los problemas alimenticios.

No existen cifras confiables de las muertes por hambruna en Mafeking, todas ocurridas entre la población negra. El autor de *Baden-Powell* se inclina por la cantidad de setecientos decesos, entre los que incluye a las víctimas de diversas enfermedades —la difteria y disentería asolaron a la población infantil—, que impidieron a sus menguados organismos resistir las penurias alimenticias.

Otro escabroso aspecto abordado por el historiador es la media docena de negros fusilados durante el asedio en cumplimiento de las sentencias dictadas por una corte marcial, integrada por oficiales del estado mayor de Baden-Powell, quien si bien no presidió ninguno de los juicios, ratificó todas las órdenes de ejecución emitidas por sus subordinados. A la mitad de los ajusticiados se le halló culpables de realizar labores de espionaje u otro tipo de acciones a favor del enemigo, el resto fue sentenciado por robo: una cabra en uno de los casos, aunque cabe aclarar que se trataba de un ladrón reincidente, mientras a los culpables de delitos menores se les aplicó el benévolo castigo de medio centenar de latigazos. Por supuesto que también entre la población blanca hubo sospechosos de colaborar con el enemigo, pero lo más que se hizo fue poner bajo custodia a una treintena de ellos durante el tiempo que duró el asedio, sin formularseles acusación formal alguna. Así las cosas de la igualdad ante la ley.



Baden-Powell con su estado mayor durante el sitio de Mafeking.

De John Thurman
Aquel extraño adiestrador en Meztitla*

Acabado el Tercer Curso «Adiestrando al Equipo» para el Hemisferio Occidental, realizado del 17 al 23 de septiembre de 1962, John Thurman, encargado de impartirlo en el campo escuela Meztitla, permanecería algunos días en la ciudad de México, entre otras cosas para impartir la conferencia «La proyección del esculatismo en el mundo actual», en el Instituto Anglomexicano de Cultura. La invitación impresa del evento convocado al alimón por la embajada británica y la Asociación de Scouts de México para el martes 25 de septiembre, incluía una semblanza biográfica del jefe de campo de Gilwell.

El Sr. John Thurman como jefe de campo de la Asociación Británica de Boy Scouts es responsable del adiestramiento y la formación de jefes en todos los países y territorios que integran el Imperio Británico, pero como Gilwell Park goza también de un status internacional, las funciones de Thurman se extienden a todas partes del mundo.

John Thurman nunca fue scout de muchacho, su ingreso al esculatismo se produjo porque un amigo suyo se lesionó una rodilla. El médico mientras examinaba la herida preguntó si alguno de ellos podría ser jefe de una manada de lobatos, a lo que John contestó al doctor «que bien podría él tomar esa responsabilidad». El doctor le dio la dirección del presidente de la asociación local, el cual le dijo que lo que necesitaba era un jefe de tropa y no un jefe de manada. Le dio la dirección de la tropa y concurrió a la siguiente reunión, permaneciendo en la tropa durante doce años. Tenía entonces diecisiete años de edad.

Su aprendizaje como jefe de tropa fue ampliamente completo. Cuando él aconseja a los scouters respecto al adiestramiento de sus respectivos scouts, habla con el respaldo de una experiencia adquirida dirigiendo unidades scouts durante un buen número de años. Comenzó como subjefe de tropa, más tarde fue jefe de grupo y tam-

* En coautoría con Ignacio González Siller.

bién dirigió un grupo de scouts de extensión (lisiados) durante un buen número de años.

Su experiencia en dirigir y adiestrar hombres para dirigir a los muchachos es igualmente extensa. Por varios años sirvió como scouter de distrito, después como subcomisionado de distrito, cooperó en el adiestramiento de la Insignia de Madera desde 1930 y en 1935 fue nombrado diputado jefe de campo, nombramiento voluntario que él mantuvo hasta ocupar provisionalmente el puesto de jefe de campo de Gilwell en 1945.

La labor de John Thurman no terminó con la dirección de cursos de Insignia de Madera en Gilwell Park. Como jefe de campo es también responsable de la supervisión de los cursos de adiestramiento que se efectúan en innumerables partes de Inglaterra y de la Comunidad Británica. Así mismo tiene él muchos diputados jefes de campo en muchos países, quienes se dirigen a él en demanda de inspiración y guía para su tarea de adiestrar scouters.

Sus aficiones fuera del escultismo son amplias y variadas, él cree que el hombre que no tiene otros intereses aparte del escultismo no es una buena persona para adiestrar scouts. Un hombre, dice él, no puede ayudar a los muchachos a desarrollarse como ciudadanos sanamente balanceados a menos que dicho hombre tenga una personalidad balanceada y desempeñe un papel importante en la comunidad que lo rodea.

Paradójicamente, la impresión del sucesor de John Wilson al frente del célebre campo de adiestramiento inglés resulta poco halagüeña en el recuerdo de Javier Reyes Luján, uno de los cursantes y posterior comisionado nacional de Adiestramiento y jefe scout nacional:

—Para mí era la antítesis de un adiestrador de los de ahora. No te podías acercar a él para tener conversación. Comía en una mesa aparte. De todo el curso solo dio dos pláticas, de las que Salvador Fernández Bertrán [comisionado ejecutivo del Consejo Interamericano de Escultismo] hizo la traducción. Hablaba con muchas palabras inusuales. Hasta sus chistes eran los mismos que contaba a todos los adiestradores del mundo, a los que había impartido curso.

(Ignacio González Siller, presente el día de la clausura del curso para atestiguar la entrega de la réplica metálica de la hue-

lla de Baden-Powell que hizo Thurman a Meztitla, acota que el dirigente inglés acuñaría un nuevo chascarrillo en Meztitla donde, por las distancias existentes, diría que nunca había ido a un curso donde tuviera que caminar tanto para trasladarse a tan pocos lugares.)

A finales de los sesenta, Javier atestiguaría involuntariamente el final de la carrera profesional scout de Thurman.

—Fui con Jorge Toral a Londres, a una reunión de adiestramiento, donde el jefe scout de la Commonwealth presentó a John Huskins como nuevo jefe de campo en Gilwell. Thurman estaba presente, pero lo supo hasta entonces: le habían dicho que su contrato ya iba a acabar, pero no lo sabía. La reunión para la que convocaron a todos los comisionados de adiestramiento era para iniciar la gran revolución del adiestramiento, pero nadie se lo quiso decir a John Thurman, quien entonces simplemente comentó: «Para mí es una sorpresa esto; sé que ya hay otras ideas, y que yo no podré hacer lo que se requiere ahora». Luego les mandaría a muchos scouts una nostálgica carta de despedida, donde se le notaba bastante dolido.



John Thurman, ex jefe de campo de Gilwell
(1911-1985).

De Arturo Pérez Puente

Mi manual con la imagen del Panqué en la portada

Si algo caracterizó la vida scout activa de Arturo Pérez Puente, alias el *Panqué*, fue su incapacidad para pasar desapercibido; si no me creen, pregúntenle a quienes estuvimos con él en el grupo 230, o a cualquier participante de las actividades de la provincia Benito Juárez hasta hace algunos años. Inmediatamente recordarán al único Akela del mundo en contar en su *staff* con un dirigente llamado Tabaqui —«el corrupto chacal», gustaba agregar el aludido, cuyo apodo común tampoco ayuda mucho, porque le decimos *Panocho*—, con una estatura colindante al metro noventa remarcada por una exagerada rigidez al andar, cuerpo de refrigerador recubierto de abundante vello corporal, cabellera por debajo de los hombros e intérprete de una singularísima versión de treinta y cuatro minutos de duración de «He katoma kichu woki» (o como se escriba en inuit), tradicional canción de fogata que incluía una relatoría por-meno-ri-za-da del ritual de cacería de la morsa y su posterior des-cuartizamiento, por parte de los nativos del Ártico.

(Para las fiestas scouts que frecuentábamos entonces, también contaba con su indumentaria «reglamentaria», por decirlo de algún modo: pantalón de mezclilla, cinturón con hebilla metálica, chaleco de cuero, botas de piel de víbora y sombrero Stetson. Orgulloso veterinario por la UNAM, su plática invariablemente derivaba en las técnicas más depuradas para castrar gatos y cerdos de forma manual, en las que tampoco omitía toda suerte de detalles descriptivos.)

Tan insigne personaje fue invitado a colaborar en la organización del Campamento Nacional de Lobatos de 1993 realizado en Meztitla, donde por iniciativa propia montó un insólito museo alusivo a las Tierras Vírgenes auxiliado por Toño, otro cuate del grupo que asistió con el cráneo rasurado y un bigote propio de algún personaje entresacado de la novelística rusa del siglo 19, aspecto que le hizo exclamar a uno de los pequeños participantes, un sincerísimo «¡Tienes cara de criminal!», antes de echarse a correr despavorido. Fuera de aquel nimio incidente, los asistentes del evento pudieron apreciar, entre otras deslumbrantes reliquias, la piel de un alaskan malamute exhibida con una plica de identificación que aseguraba su pertenencia nada menos que al Hermano Gris; una osamenta canina recogida del lugar donde se desarrolló la incruenta lucha entre lobos y perros jaros, y sendos cráneos de gato con las respectivas leyendas: «Cráneo de Bagheera a los dos años de edad» y «Cráneo de Martha, hermana de Bagheera».

Sobra decir que el museo fue un exitazo.

Pero existe otra imagen del Panqué de mi exclusiva concepción, la cual observé por años en la ya desprendida portada del ejemplar de *Manual del guía de patrulla* que reposó sobre mi escritorio al escribir estas líneas, no sólo porque en su primera página se leía su nombre escrito a pluma, acreditándolo como su propietario original (a tantos años olvidé si el libro fue un préstamo, agandalle o combinación de las dos opciones anteriores), sino porque siempre me pareció ver su imagen en lugar de la ilustración del risueño scout que observa de frente al lector, con su sombrero de cuatro pedradas, mochila al hombro y bordón con banderín de patrulla sostenido en la diestra. A lo mejor porque desde que el Panqué también era guía de patrulla usaba un sombrero y mochila similar para los campamentos: sobre esta última colocaba un huacal con las provisiones para las pantagruélicas comidas que solía dispensar a sus subordinados, los aguerridos Alces, eternos rivales de la patrulla a la que yo pertenecía, los acérrimos Halcones.

Por muchos años tuve la convicción de que el Panqué personificaba todo lo que César Macazaga Ordoño (1926-2021), autor de aquel manual, trataba de inculcar a sus lectores en la práctica escultista; supongo que eso habla de lo impresionado que me tenía el ex guía de los Alces y Akela de mi grupo, ya que otro de sus libros era nada menos que *Manual del scout*, algo así como el Corán escultista, en cuyas páginas se explicaba desde cómo hacer un nudo de rizo, hasta la forma más expedita de tumbar un árbol a hachazos, todo ilustrado con dibujos de risueños muchachos impecablemente uniformados, con los que nunca me he topado en la vida real.

Independientemente de los resultados obtenidos, aquellos libros son uno de los recuerdos más entrañable para quienes hemos pasado por el movimiento scout y hoy tenemos más de cuarenta años de edad; paradójicamente, la imagen que poseemos de su autor llegó a ser casi fantasmagórica: en ninguno de ellos se reproduce una foto suya y el estilo de los contenidos rehúye la anécdota autobiográfica que permita formarnos una idea medianamente clara sobre la personalidad de quien ejerció la mayor influencia sobre los scouts de México y buena parte de Latinoamérica, en la segunda mitad del siglo 20 (formo parte de la generación que vivió el accidentado tránsito hacia el plan de adelanto impuesto a principios de los ochenta, cuando me canjearon una valorada insignia de Segunda Clase por sendos parches de Explorador/ Kon-Tiki, en una de las peores transacciones realizadas en mi vida).



Manual del guía de patrulla.

De quien esto escribe
A manera de declaratoria de principios
(un recuento existencial)

Los ochenta del siglo 20 fueron los años de la toma de conciencia de mi generación; entonces estudiaba en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, durante el periodo que antecedió el movimiento cardenista y las fraudulentas elecciones de 1988 con que lo enfrentaría el entonces omnipotente Partido Revolucionario Institucional, preludio de su colapso ocurrido a final del milenio.

Era entonces asistir a la explanada de Rectoría en Ciudad Universitaria, a los mítines-festivales organizados por el Consejo Estudiantil Universitario, donde llegaron a presentarse los Caifanes como parte del programa; fue el tiempo donde descubrimos que nos encantaban por igual las canciones de Police y Soda Stereo, sin imaginar llegar a verlos años después con otros miles de pelados desgañitándose al corear sus canciones en sus conciertos del reencuentro en el Foro Sol, donde quedó por demás demostrado que la nostalgia es un negocio de altas regalías.

Bailábamos al ritmo de U2, cuando resultaba inconcebible llegar a verlos tocar en México; escuchábamos por la radio la existencia del rock hablado en español (Rock 101, estación que musicalizó numerosas desveladas enfrascados en tareas escolares, al igual que «Noche Mágica»: el maravilloso programa de WFW que se transmitía desde diez de la noche hasta entrada la madrugada, sin locutores ni cortes comerciales), y testificamos el regreso de los conciertos masivos al país, con Carlos Santana

en el estadio Nou Camp de León y Rod Stewart en la cuasipe-sadillesca odisea del estadio Corregidora de Querétaro, cuando resultaba inconcebible adquirir boletos numerados con tarjeta de crédito y seis meses sin intereses, e incluía una gaseada cortesía de los granaderos y el espectáculo de un portazo frustrado a punta de macanazos.

Generación marcada por los terremotos de 1985 y azorada espectadora de la caída del Muro de Berlín, que apenas descubriría que el sexo había dejado de ser sinónimo de pecado cuando ya tenía que cuidarse de los terrores del sida, con un panorama bajo el cual pescar una sífilis o cualquier otra cosa erradicada con penicilina, podía considerarse como bendición del cielo. Posmodernista generación del san Nintendo, los refrescos *light*, la filosofía empresarial de calidad total, los evangelios de superación personal —Carlos Cuauhtémoc Sánchez, ruega por nosotros— y el neoromanticismo chafa de Luis Miguel, quien a varias décadas después de escribir la primera versión de estas líneas, continúa entonando las mismas canciones, sumado a una exitosísima serie biográfica transmitida por Netflix, solo con la finalidad de hacerme tragar mis palabras.

Camada de amigos anhelantes y a la vez desconfiados de las relaciones de pareja estables y duraderas; de varios que hemos visto retornar del intento raspados, tratando de reubicarse entre nosotros con un divorcio a costas, noticias esporádicas de un hijo en su haber e, incluso, abandonos al resultar francamente insoportables, por no hablar ahora de renovados intentos de relación con mujeres que podrían pasar por sus hijas. Generación de amores cuchos con tardes de películas rentadas en Videocentro que, diantres, dejaron de existir años atrás. Relaciones condicionadas desde el arranque por la capacidad de resistencia y la incógnita inconfesable del cuánto durará. Sentimientos *cool* marcados por la desconfianza y consigna de todos son gandallas hasta demostrar lo contrario.

Con este sólido bagaje ético-cultural nos desarrollamos dentro del escultismo, donde llegamos a considerar al Manual de Macazaga como el Corán del campista, sin imaginar que tumbar un árbol a hachazos implicaría en la actualidad terminar arrestados por terrorismo ecológico.

Cuando entramos a los scouts, pensábamos que todo ahí dentro era una continuación de las películas de Rambo, con todo y pañoleta amarrada a la cabeza; hoy sospechamos que más bien se trata de una variante de las caricaturas de los Simpson, metáfora vigente por más de tres décadas y medio millar de episodios, lo que termina por convertir al desquiciante Homero en el portavoz de algunas verdades absolutas.



Rambo en acción.

Referencias

- «De Iker Larrauri», tomado de *Sombrero de cuatro pedradas*, Falta de Espíritu Scout Editores, 2008.
- «De Guy de Larigaudie», tomado de *Estacas. Lo mejor del blog esculta de «Milenio», 2007-2012*, Colección Papeles Escultas (Serie En Corto), 2013.
- «De Carlos Gustavo de Suecia», tomado del *blog Sombrero de Cuatro Pedradas*, publicado en el portal del periódico *Milenio*, 2013.
- «De Robert Baden-Powell», tomado de *La guerra donde nació el escultismo. Los bóers, Baden-Powell y el sitio de Mafeking*, Colección Papeles Escultas, México, segunda edición, 2017.
- «De John Thurman», tomado de *Aquel curso donde llevaron la huella de B-P a Meztitla*, Asociación de Scouts de México, 2019.
- «De Arturo Pérez Puente», tomado de *De cómo Macazaga llegó a ser nombre de manual*, Cuadernos del Centro de Estudios del Escultismo, 2003.
- «De quien esto escribe. A manera de declaración de principios (un recuento existencial)», tomado de *Sombreros de cuatro pedradas. Escultismo por escrito (selección definitiva)*, Colección Papeles Escultas, edición digital, 2021.

Contenido

Llamada de reunión.....	5
<i>Ángel Martínez Herrera</i>	
De Iker Larrauri.....	7
De Guy de Larigaudie.....	13
De Carlos Gustavo de Suecia.....	17
De Robert Baden-Powell, el militar.....	21
De John Thurman.....	27
De Arturo Pérez Puente.....	31
De quien esto escribe (un recuento existencial).....	35
Referencias.....	39

La presente obra se liberó en la red durante abril de 2024.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

PRIMERA TEMPORADA

1. Narraciones escultas, Won-Tolla
2. Agrupaciones pioneras del escultismo mexicano,
Arturo Reyes Frago (compilador)
3. Más scouts para un mundo mejor,
Antología de Fernando Soto-Hay y García
(selección de Arturo Reyes Frago)
4. Los primeros años del Consejo Interamericano
de Escultismo, Salvador Fernández Bertrán
5. Documentos históricos de Adiestramiento,
Thurman • Fernández Bertrán • Reyes Luján
6. Rescate, Alberto García Duarte
7. Retratos con pañoleta. Galería de semblanzas,
Arturo Reyes Frago
8. Aquel curso donde llevaron la huella de B-P a Meztitla,
Ignacio González Siller • Arturo Reyes Frago
9. Zulúes, matabeles y bóers, Arturo Reyes Frago
10. Letras musicales scouts mexicanas. Antología histórica,
José de Jesús Reyes Feist (selección)



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx